

COLO

Elevaba órdenes de quitar á éste el mando y enviarle en la misma flota: corregir los abusos introducidos, aliviar los tributos de los indios y procurar su conversion. Debía tambien informarse del perjuicio causado al almirante en su prision y de las rentas que se le debian, para indemnizarle cumplidamente de todo. Se le permitió al mismo almirante que nombrase un apoderado en la isla para cuidar de sus intereses. El nombró al punto á Alonso Sanchez de Carvajal. La flota de Ovando salió de San Lúcas el 13 de Febrero de 1502: era la mayor que se había despachado hasta entonces al Nuevo Mundo, pues se componía de 30 velas en que iban como dos mil y quinientas personas. Apenas hubo salido sufrió una terrible tempestad en que pereció uno de los buques; pero los demás llegaron felizmente á Santo Domingo el 15 de Abril.

Colon pasó en Granada más de nueve meses procurando poner orden en sus negocios, y recibiendo siempre la mejor acogida de los soberanos; pero sin lograr otra cosa. Triste época la de su vida fué aquella, pues al paso que veía aventureros más favorecidos atropellarse en la vía por él abierta, encontraba cerrado el camino á nuevas empresas en las Indias. Presenció tambien los magníficos preparativos, para la salida de su afortunado sucesor en el gobierno de que tan indignamente se viera despojado. Todo le traía triste y abatido;

COLO

pero como si el fuego de su imaginacion necesitara buscar un desahogo en empresas gigantescas, pensó llevar á cabo una nueva, que segun sus propios juicios debía eclipsar todas las anteriores. Creía haber hecho muy poco con haber duplicado el mundo, y juzgaba que aquello solo era el primer paso para su proyecto favorito del recobro del Santo Sepulcro. Pensó, pues, que era llegada la hora de formar una cruzada para plantar el estandarte de la fé católica, en los lugares que santificó con su presencia, y regó con su sangre el Redentor de los hombres.

De muy atrás venía la concepcion de este proyecto. Seguía Colon la Corte como pobre pretendiente, y presentaba el sitio de Baza en 1489, cuando llegaron dos frailes del Santo Sepulcro, participando en nombre del gran soldan de Egipto, que daría muerte á todos los cristianos de sus dominios y destruiría el Sepulcro, si los reyes católicos no desistían de la guerra contra los árabes de Granada. Aquella amenaza produjo grande impresion en el ánimo del futuro almirante, y desde entonces parece que tomó la resolucion de aplicar los productos de su descubrimiento á la piadosa empresa de arrojar de los Santos Lugares á los infieles. Desde las primeras capitulaciones con los reyes, les manifestó su pensamiento, pidiendo que le ayudasen á ejecutarlo; y cuando á la vuelta de su primer viaje no quedó ya duda de la existencia de las tierras que

COLO

buscaba y de la realidad de sus títulos y rentas, hasta entónces condicionales, formalizó un solemne voto de aprestar en el término de siete años un ejército de cincuenta mil hombres de á pié y cuatro mil de á caballo, y además otro ejército igual en los cinco años siguientes. Sus viajes y empresas posteriores le estorbaron dar paso alguno para el cumplimiento de su promesa; mas ahora que veía cerrado el camino de las Indias, creyó ser ocasion oportuna de intentarlo. Aunque carecía de medios para ello, confiaba en que los reyes tomarían la empresa á su cargo, y para convencerlos se aplicó á rennir todos los pasajes de la Escritura y de las obras de los Santos Padres que á su parecer aludían al descubrimiento del Nuevo Mundo, la conversion de los gentiles y el recobro de Jerusalem; tres grandes fines á que se consideraba predestinado desde su niñez. No satisfecho con el acopio de su propia erudicion, pidió auxilio á un monje cartujo, quien acabó de enriquecer el libro con algunas más profecías. Escribió al mismo tiempo Colon una larga carta para enviar su obra á los soberanos. Tan extraño volúmen se conserva hasta nuestros dias [Navarrete, II, 260]; más parece que los reyes no llegaron nunca á verlo, ni á recibir la carta.

Acaso el almirante habria hecho y sostenido su nueva proposicion con la misma energia y constancia que la primera, si los acontecimientos contemporáneos no hubiesen

COLO

llamado otra vez su atencion hácia el acostumbrado camino. Después de largas y á veces desastrosas tentativas, habian realizado los portugueses el gran pensamiento del infante D. Enrique. Vasco de Gama había doblado en 1497 el cabo de Buena Esperanza y abierto la deseada ruta para la India Oriental. Pedro Alvárez Cabral siguió sus huellas, y habiendo descubierto el Brasil por accidente, cumplió su viaje y volvió con sus naves cargadas de las más preciosas mercaderías del Oriente. El descubrimiento del Nuevo Mundo no había hecho más que causar gastos á los reyes católicos, mientras que el hallazgo de aquel camino derramaba ya torrentes de riqueza en Portugal. Colon pensó por las observaciones hechas en su último viaje, que hácia el istmo del Darien debía existir un estrecho para entrar en el mar de las Indias, ofreciendo una vía más cómoda y segura para llegar á aquellas opulentas rejiones. Presentó, pues, á los reyes el proyecto de una expedicion en busca de aquel estrecho. D. Fernando acogió al punto aquella idea, pues tenía el más alto concepto de Colon como navegante, y pensaba que si el estrecho existía, nadie sería más á propósito para hallarle. Quisieron algunos del Consejo que Colon no volviese á las Indias mientras no justificase su conducta; otros se detenían en los gastos de la expedicion. A los primeros no se dió oído por la ciega confianza que la rei-

COLO

na D^a Isabel tenía en la propiedad de Colon, y á los segundos replicó esta animosa soberana, que cuando acababan de alistar una flota tan considerable solo para conducir al gobernador Ovando, no debía negarse unos cuantos buques al descubridor, para objeto de tan alta importancia.

Obtuvo, pues, de los reyes las órdenes necesarias para el armamento, pero faltaba luchar con los tropiezos de Fonseca y sus agentes. Tan grandes fueron, que habiendo llegado Colon á Sevilla en el otoño de 1501, no consiguió tener lista su armada hasta Mayo del año siguiente. Antes de partir arregló sus negocios; hizo sacar testimonios duplicados de las cédulas y privilegios reales con otros documentos importantes, que puso en lugar seguro; señaló la décima de sus rentas al banco de San Jorge en Génova, aplicada á disminuir los impuestos sobre víveres en aquella ciudad, y escribió una carta al papa Alejandro VI en que al participarle su voto de recobrar los Santos Lugares, le manifestaba las circunstancias que habian estorbado el cumplimiento, y le prometia que al regreso de su viaje se presentaría al punto en Roma, para dar cuenta á Su Santidad de todas sus expediciones.

Partió Colon de Cádiz el 9 de Mayo de 1602. Su armada se componia de cuatro carabelas bien pequeñas en que iban ciento cincuenta personas. Le acompañaban su hermano Bartolomé y su hijo

COLO

Fernando, de edad entónces de 14 años; consuelos inapreciables para un hombre anciano y enfermo, que con la inabomable enerjía del espíritu, procuraba vencer la decadencia del cuerpo. La edad abor-daba ya á 66 años, y las fatigas, desvelos é infortunios habian minado su esceleinte constitucion. Aquel viaje, el más largo y penoso de todos, iba á acabar de arruinarle.

Hecha la acostumbrada escala de las Canarias, llegó el 15 de Junio con próspero viaje á la isla Martinica; y aunque su intencion era tocar en la Jamaica para seguir de allí al continente en busca del imaginario estrecho, resolvió pasar á la Española con objeto de cambiar uno de sus buques que resultó muy pesado, tomando en su lugar Ovando. Sus instrucciones le prevenian espresamente que no arribase á la Española; pero se creía escusado por la necesidad. El 20 de Junio llegó á la boca del río y envió á tierra un mensajero para informar al gobernador del objeto de su arribada y pedirle permiso al mismo tiempo para abrigar su flota en el río, pues recelaba una próxima tormenta.

El momento era poco á propósito para aquella solicitud. Los más encarnizados enemigos del almirante, y entre ellos muchos de los secuaces de Roldan, se hallaban reunidos en Santo Domingo para regresar en la flota que iba á darse á la vela, y era la misma en que habia venido Ovando. Tenia éste, á lo que

COLO

parece, órdenes anticipadas para no permitir la entrada en la isla al almirante, y en cumplimiento de ellas hubo de negársela. Rogó Colon por segunda vez, que á lo menos se retardase la salida de la flota, para no esponerla á la tempestad que amenazaba; mas como la atmósfera estaba despejada y el tiempo muy sereno, se burlaron de su predicción. Colon por su parte salió del río, lleno de indignacion al verse rechazado de las mismas costas que descubriera, y fué á guarecerse de la tempestad que temia en algun ancon solitario de la isla. En el entretanto salió de Santo Domingo la flota, en cuya capitana iba Bobadilla, llevando consigo una gran cantidad de oro, al que habia la justificacion de su conducta. Tambien el agente de Colon embarcó en uno de los buques cierta suma por cuenta de aquel. Apenas se hicieron á la vela, cuando estalló la tormenta predicha por el almirante; el buque en que iba Bobadilla, Roldan y otros de sus principales enemigos, fué tragado por las olas, con la mayor parte de aquel mal adquirido tesoro: otras naves volvieron á Santo Domingo en muy mal estado y solo un buque se halló capaz de continuar su viaje á España. Por una coincidencia singular, este buque era el más débil de la flota, y el mismo en que iba embarcado el oro de Colon. Túvose aquello por una especial providencia, y aun la gente vulgar llegó á decir que el almirante habia suscitado la tormenta por arte má-

jico para vengarse de sus enemigos: tan grande así era la admiracion que habia causado el éxito de su pronóstico y la milagrosa preservacion de aquel navio.

Gracias á su prevision é inteljencia, logró tambien el almirante la salvacion de su flotilla. Protejióle por algun tiempo la vecindad de la tierra; pero creciendo la violencia de la tempestad, los buques se perdieron de vista y se dieron unos á otros por perdidos. El almirante se mantuvo siempre junto á la tierra; los otros fueron llevados mar adentro; pero nadie corrió tanto peligro como el adelantado. Gobernaba el peor buque de la escuadra, y solo su estremada pericia en la náutica pudo salvarle. A cabo de varios dias de riesgos y fatigas lograron reunirse todos, aunque muy estropeados, en Puerto Hermoso, al extremo occidental de la isla.

Reparadas las averías lo mejor que se pudo, salió Colon en demanda de la tierra firme; pero sobrevino una gran calma y las corrientes le arrastraron á la costa meridional de Cuba. Mejorado el tiempo, partió de allí con rumbo al S. E. y para el 30 de Julio alcanzó tierra en la Guanaja, isla inmediata á la costa de Honduras. Mientras su hermano el adelantado estaba en tierra, llegó una grandísima canoa, hecha de un solo tronco, en que venia un cacique con su familia. Traía la canoa veinticinco remeros, y su cargamento era de frutos y manufacturas de los países vecinos. Encontrá-

COLO

ronse en ella hachas de cobre, con una especie de crisol para la fundicion de este metal, vasijas de barro, piedras y madera primorosamente labradas, armas semejantes á las macanas de los mejicanos, mantas de algodón de diversos colores, y otras fábricas muy superiores á cuanto se había visto allí en el Nuevo Mundo. Los indios mismos parecían más civilizados, é iban vestidos en cuanto exige la decencia. De ellos supo el almirante que venían de un país rico situado al Occidente, y le instaban para que arribase á él. Tiénese entendido que hablaban de Yucatan. Uno ó dos dias hubieran bastado para que el almirante llegara á aquellas costas; á ello se siguió sin duda el descubrimiento de la Nueva España, y este desgraciado viaje que acabó con el crédito y la vida del almirante, hubiera sido el más útil y glorioso de todos, cerrando su larga y azarosa carrera de un modo digno de su fama. Pero Colon solo pensaba en el hallazgo de un soñado estrecho y despreció las instancias de aquéllos naturales. Gobernó un poco al S. hasta acercarse al continente, y luego volvió la proa al E., luchando siempre contra la corriente y vientos contrarios.

Acompañóle con la mayor tenacidad una tormenta casi continua, cuya violencia no podrá ser mejor descrita que usando la palabra del mismo descubridor: "Ochenta y ocho dias hacia que no me había dejado espantable tormenta á tanto que no vide el sol

COLO

ni estrellas por mar; que á los navios tenía yo abiertos á las velas rotas, y perdidas anclas y jarcia, cables con las barcas y muchos bastimentos, la gente muy enferma, todos contritos, y muchos con promesa de religion, y no ninguno sin otros votos y romerías. Muchas veces se habían llegado á confesar los unos á los otros. Otras tormentas se han visto, mas no durar tanto ni con tanto espanto. Muchos esmorecieron, harto y hartas veces, que teníamos por esforzados. El dolor del hijo que yo tenía allí me arrancaba el ánima, y más por verle de tan nueva edad de trece años en tanta fatiga, y durar en ello tanto: Nuestro Señor le dió tal esfuerzo que él avivaba á los otros, y en las obras hacia él como si hubiera navegado ochenta años, y él me consolaba. Yo había adolecido y llegado farta veces á la muerte. De una caramilla, que yo mandé hacer sobre cubierta, mandaba la vía. Mi hermano estaba en el peor navío y más peligroso. Gran dolor era el mio, y mayor porque le truje contra su grado; porque mi dicha poco me han aprovechado veinte años de servicio que yo he servido con tantos trabajos y peligros, que hoy día no tengo en Castilla una teja; si quiero comer ó dormir no tengo, salvo el meson ó taberna, y las más de las veces falta para pagar el escote. Otra lástima me arrancaba el corazón por las espaldas y era de D. Diego mi hijo que yo dejé en España tan huérfano y desposeído de mi honra é hacienda.

COLO

da: bien que tenía por cierto que allá como justos y agradecidos príncipes le restituirían con acrecentamiento en todo." (Navarrete, I, 298).— Después de porfiar más de cuarenta dias para vencer tan solo una distancia de 70 leguas, llegó á un cabo donde la costa quebraba repentinamente y corría hácia el Sur. Doblado este cabo abonanzó el tiempo y halló un viento favorable, por cuya causa le dió el nombre de *Cabo de Gracias á Dios*. Tres semanas anduvo por aquella costa tratando muy poco con los naturales, y el 15 de Octubre estaba en lo que hoy se llama Costa Rica. Allí empezó á ver algun oro, siendo más abundante conforme se acercaba á la costa de Veragua. Las noticias vagas que recibía de los países ricos y civilizados, le hicieron creer que no se hallaba muy lejos del río Gaujes, y por estraña que parezca esta suposicion, se esplica en mucha parte por la creencia que ya hemos mencionado, de que la circunferencia del globo era mucho más pequeña de lo que es en realidad. Prosiguiendo su viaje descubrió á Portobelo y pasó adelante hasta un pequeño fondeadero que llamó El Retrete. Este era el punto á que había llegado no hacia mucho Rodrigo de Bastidas, viniendo por el rumbo opuesto: de consiguiente no quedaba duda de la falta de un estrecho por aquella parte. Mas Colon no tenía noticia del viaje de Bastidas segun parece, y si abandonó su empresa fué por la estremada fati-

COLO

ga de las tripulaciones rendidas de luchar contra el cruel tiempo, y sobre todo por el mal estado de sus buques, los dos comidos de la broma, insecto frecuentísimo en aquellos mares y que causa increíbles estragos en los cascos de las naves cuando no van forrados de cobre. Si Colon no halló el estrecho que buscaba, la reducida anchura del istmo en aquellos parajes prueba bien que su teoría no era infundada y que la naturaleza misma estuvo muy cerca de realizarla. Podríamos decir que no logró ella vencer el obstáculo que le oponía la inmensa cordillera de los Andes, tendida casi de polo á polo como una sólida barrera contra el continuo embate de las aguas; obstáculo que no podía entrar en los cálculos de Colon.

Del Retrete pensó volver á las minas de Veragua; pero los elementos parecían conjurados en su contra. Apenas hubo salido, el viento que hacia tres meses soplabá sin cesar del Este, siéndole siempre contrario, cambió repentinamente, solo por oponérsele de nuevo. Creció pronto á tal grado, que se renovaron con mayor gravedad los pasados peligros. Volvemos á cambiar nuestras descoloridas hipótesis por las enérgicas descripciones del almirante: "Llegado con cuatro leguas," dice, "revino la tormenta y me fatigó tanto á tanto que ya no sabía de mi parte. Allí se me refrescó del mal la llaga: nueve dias hagué perdido sin esperanzas de vida: ojos nunca vieron la

COLO

mar tan alta, fea y hecha espuma. El viento no era para ir adelante, ni daba lugar para correr hácia algun cabo. Allí me detenía en aquella mar fecha sangre, hirviendo como caldera por gran fuego. El cielo jamás fué visto tan espantoso: un dia con la noche ardió como forno; y así echaba la llama con los rayos, que cada vez miraba yo si me habia llevado los masteles y velas; venian con tanta furia espantables que todos creíamos que me habian de fundir los navios. En todo este tiempo jamás cesó agua del cielo, y no para decir que llovía, salvo que reseguñdaba otro diluvio. La gente estaba ya tan molida, que deseaba la muerte para salir de tantos martirios. Los navios ya habian perdido las barcas, anclas, cuerdas, y estaban abiertos, sin velas." Tres semanas continuó el mal tiempo, sin permitirle que acabase de pasar una distancia como de 30 leguas. Al cabo el 6 de Enero de 1503, tuvo la satisfaccion de llegar á la costa de Veragua y dió fondo en un río, al que en reverencia de la festividad del dia llamó *Río de Belen*.

Dos expediciones que hizo el adelantado D. Bartolomé en lo interior de la tierra, produjeron noticias tan satisfactorias de las riquezas de las minas, que el almirante resolvió fundar una colonia en aquella costa. Ofrecióse D. Bartolomé á quedarse en ella mientras el almirante volvía á España por socorros, y al punto se tomaron las disposiciones necesarias. Debían

COLO

quedar en el establecimiento ochenta hombres, para cuyo abrigo se construyeron casas de madera y hojas de palma, á cosa de un tiro de ballesta de la embocadura del río de Belen. Quedaba tambien una de las carabelas para el servicio de la colonia.

Concluidos los trabajos se disponia el almirante á darse á la vela, cuando observó con gran pesadumbre que le era imposible salir del río, porque al tiempo de entrar en él lo halló engrosado por las lluvias, y habiendo cesado éstas, estaba tan disminuido su caudal, que en la barra de la embocadura faltaba el agua necesaria para sus pequeños buques. Hubo, pues, de resignarse á permanecer allí hasta las nuevas crecientes. Mientras tanto, el cacique de la provincia formó el proyecto de acabar con los estranjeros, y lo hubiera ejecutado, si no fuera por el celo y astucia de Diego Méndez, escribano mayor de la armada, que descubrió la conjuracion, y por el valor del adelantado, que acabó la obra, prendiendo al cacique en medio de su campo. Fugóse éste al tiempo de conducirlo y causó después graves cuidados á los españoles.

Aprovechando la primera creciente pasó el almirante la barra con tres buques, dejando el cuarto á la colonia, y ancló á una legua de distancia en espera de un viento favorable para ir á la Española. Apenas vieron los indios que las carabelas se alejaban; cargaron sobre los nuevos colonos y les pusieron

COLO

en grande aprieto. Un bote que envió el almirante á tierra para hacer aguada, fué tomado por los indios con muerte de todos los que le tripulaban. Su tardanza inquietó al almirante; pero solo le quedaba un batel y no podía arriesgarlo en una barra tan peligrosa y con mar muy brava. Un marinero ofreció que iría á nado desde la barra á la colonia, y cumplió su palabra. Por él supo el alzamiento de los indios, y la resolución que habían tomado los colonos de volverse á los navios luego que el tiempo lo permitiese, y abandonar aquella costa fatal. Amenazaban que si el almirante no quería recibirles, se embarcarían en la carabela que les dejaba, y se entregarían á merced de las olas, ántes que permanecer allí más tiempo. Convencióse Colon de que era necesario abandonar por entonces la idea de poblar, dejándola para ocasion más oportuna; pero el embarque de la gente era imposible á causa del temporal. Sus buques estropeados por las continuas tormentas y comidos de broma, no podían sostenerse tampoco mucho en una costa desamparada y con un tiempo tan recio. Lleno de angustia, sin saber qué partido tomar, y sufriendo "una fuerte fiebre," pasaba dias de tormentos y noches de agitacion y de insomnio. En una de ellas, por efecto sin duda del delirio febril, creyó oír una voz celestial que le confortaba con estas palabras: "O estulto y "y tarde á creer y á servir á "tu Dios, Dios de todos! Qué

COLO

"hizo Él más por Moisés, ó "por David su siervo! Desque "naciste, siempre él tuvo de "ti muy grande cargo. Cuan- "do te vido en edad de que "él fué contento, maravillo- "samente hizo sonar tu nom- "bre en la tierra. Las Indias, "que son parte del mundo, "tan ricas, te las dió por tu "yas; tú las repartiste adonde "te plugo, y te dió poder para "ello. De los atamientos de la "mar océana, que estaban cer- "rados con cadenas tan fuer- "tes, te dió las llaves; y fuis- "te obedescido en tantas tier- "ras, y de los cristianos co- "braste tan honrada fama. "¿Qué hizo el más alto pueblo "de Israel cuando le sacó de "Egipto! ¿Ni por David que "de pastor hizo rey en Judea? "¿Tórnate á él, y conoce ya tu "verro: su misericordia es in- "finita: tu vejez no impedirá "á toda cosa grande: muchas "heredades tiene. El grandí- "simas. Abraham pasaba de "cien años cuando engendró "á Isaac, ¿ni Sahara era mo- "za? Tú llamas por socorro "¿incierto; responde, ¿quién "te ha afijido tanto y tantas "veces, Dios ó el mundo? Los "privilejos y promesas que "dá Dios no las quebranta, "ni dice después de haber re- "cibido el servicio, que su "intencion no era esta y que "se entien de otra manera: "ni da martirios por dar co- "lor á la fuerza. El va al pie "de la letra: todo lo que El "promete cumple con acres- "centamiento: ¿esto es usó? "Dicho tengo lo que tu Cria- "dor ha fecho por tí y ha- "ce con todos. Ahora medio "muestra el galardón de es-

COLO

"tos afares y peligros que "has pasado sirviendo á otros." Yo así amortecido oí todo; más no tuve yo respuesta á palabras tan ciertas, salvo llorar por mis yerros. Acabó él de hablar, quien quiera que fuese, diciendo: "No temas, confía; todas estas tribulaciones están escritas en piedra mármol, y no sin causa." Hemos copiado estas palabras que Colon creyó oír, porque ellas muestran bien su íntima convicción de que el auxilio divino le sostenía en aquella empresa, y que su gran descubrimiento no fué efecto de una casualidad, sino obra de una inspiración del cielo. Es una idea altiva y grandiosa, considerar el Nuevo Mundo como un presente que Dios le hizo para que dispusiese de él á su antojo; idea muy atrevida para espresarla en una carta dirigida á los mismos soberanos, á cuya ingratitud se alude también claramente en las últimas palabras.

No hay duda de que Colon creyó de buena fé que habia tenido una verdadera revelación. Confírmole en su creencia la circunstancia de haber cedido el viento el día inmediato, permitiéndole verificar el embarque del adelantado y de sus compañeros. Todo fué puesto á bordo, y solo quedó abandonado el casco de la carabela, que fué imposible sacar del río Diego Méndez fué el alma de aquellos trabajos por su actividad y buen discurso, que el almirante recompensó dándole el mando de una de las carabelas.

COLO

Juntas las tres salieron para la Española á fines de Abril; pero iban en tan mal estado que fué preciso abandonar una en Portobelo. Poco más adelante se apartó Colon de la Costa, y el 1.^o de Mayo hizo rumbo directo al Norte; pero las corrientes le arrebataron al estremo meridional de Cuba, adonde llegó el 30. Durante este tiempo padecieron infinito las tripulaciones de hambre y fatiga, apiñadas como iban en dos pequeñas carabelas, y obligadas á trabajar de continuo en la bomba para impedir el anegarse. Una tempestad en la costa de Cuba hizo chocar los buques uno contra otro, y acabó de estropearlos á tal grado, que después de algunos esfuerzos abandonó el almirante el empeño de ir á la isla Española, y solo pensó en alcanzar algún puerto seguro en Jamaica. El 24 de Junio llegó á aquella isla y ancló en el puerto que llamó de *Santa Gloria*.

Considerando allí que sus buques no podían volver á navegar, les hizo encallar en la arena atándolos el uno al otro. Llenáronse al punto de agua. Mandó formar chozas en la proa y popa para abrigo de las tripulaciones, y quedó de este modo fortificado en el mar. A nadie permitía ir á tierra sin permiso, y tomó las mayores precauciones para conservar la amistad de los indios, de quienes dependía su subsistencia, y que desde el primer día habian venido en gran número con provisiones. Mas como este recurso podía ser transitorio, el activo y empeñoso Diego Méndez

COLO

salió á recorrer la isla, y celebró contratos con los caciques para que proveyesen de viveres á los españoles en cambio de bujerías europeas. Volvió triunfante en una canoa que compró á los indios y desde entonces nada faltó á los españoles.

Mas esto no bastaba y era preciso pensar en salir de aquel desierto. Esperanza del arribo de otro buque, no la habia; pero el bravo Diego Méndez vino como siempre en su auxilio. Por indicación del almirante y cuando á instancias del mismo Méndez se propuso á todos la empresa y todos la rehusaron, se ofreció él á pasar á la Española en una canoa de los indios. La distancia era de 40 leguas en un mar agitado sin cesar por las corrientes, no siendo nada remoto el peligro de zozobrar y perderse. Alistó Méndez su canoa, reforzándola lo mejor que pudo, y después de graves peligros é inauditos padecimientos, logró arribar á la Española donde le dejarémos para referir con brevedad las tristes escenas ocurridas en Jamaica después de su partida.

Meses enteros se pasaron sin tener noticia alguna de Méndez. Los españoles amontonados en estrechos alojamientos, mal alimentados y en un clima caliente y húmedo, enfermaron casi todos. Llegóse á creer que la canoa habia perecido, y no les quedaba esperanza de llegar á tierra de cristianos. Esta consideración abatió enteramente á unos; pero en otros produjo el efecto contrario, irri-

COLO

tándoles contra el almirante á quien acusaban de ser causa de sus infortunios. Distinguiáanse entre los descontentos dos hermanos, Francisco y Diego de Porras, parientes del tesoro real Morales, capitán el primero de una carabela y contador de la armada el segundo. Hicieron creer á la gente que el almirante no pensaba en volver á España de donde habia salido desterrado, ni tampoco á la Española cuya entrada le estaba prohibida, y que por lo mismo su resolución era permanecer en Jamaica hasta que sus amigos liciesen algo por él en la Corte. Añadían que habia enviado á Méndez para cuidar de sus propios negocios, con orden de no volver, y que cuando así no fuese, la canoa habia perecido y no debían esperar ningun socorro. Sacaban de todo que harían bien en proveer por sí mismos á su salvación, embarcándose en Canoas de indios para ver de pasar á la Española, sin contar con el almirante que estaba demasiado anciano y estaba para atreverse á tal viaje.

Formado así el motin, el día 2 de Enero de 1504, entró de pronto Francisco de Porras en el camarote donde yacia enfermo Colon, y le acusó con palabras ásperas de su intento de no volver á España. Incorporóse en su lecho el almirante y trató de apaciguar al traidor; pero Porras no oía razones y gritó: "Embarcaos luego, ó quedaos con Dios," y volviéndole las espaldas añadió: "Porque yo me voy á Castilla con los que me quie-

COLO

ran seguir." A las voces de Porras, respondieron los conjurados, "A Castilla, á Castilla," y saltaron por todas partes con sus armas en las manos, prorumpiendo algunos en amenazas contra la vida del almirante. Enfermo como estaba de la gota, salió éste cayendo y levantando para ver de apaciguar aquel tumulto, pero sus criados le obligaron á volverse al lecho. También lograron retirar, aunque con mucho trabajo, al adelantado D. Bartolomé, quien apenas oyó el ruido se puso lanza en mano en el puesto más peligroso, resuelto á resistir todo el ataque. Hechos dueños del campo los conjurados, tomaron las canoas que quisieron, y se marcharon en número de cuarenta y ocho.

Comenzaron su travesía atrimados á la costa cometiendo mil tropelías con los indíjenas en los puntos en que tomaban tierra, y agravaron su maldad esparciendo entre ellos las más insidiosas calumnias contra el almirante. Dos tentativas que hicieron para pasar á la Española se frustraron, y convencidos que no lograrían su intento, se pusieron en camino para volver al puerto, continuando sus vejaciones contra los indíjenas y su empeño de desacreditar entre éstos al almirante.

Procuró éste restablecer el orden en la poca gente que le quedaba; con sus acertadas providencias y su asiduo cuidado de los enfermos, consiguió reanimar su espíritu y mejorar de un modo notable su condicion. Amenazólo luego otro peligro en la escasez

COLO

de víveres, pues los indios ajustados por Méndez, no miraban ya con el aprecio de antes las mercancías europeas, y descuidaban de proveerle. En tal apuro y no siéndole posible salir á procurarse provisiones por la fuerza, en atencion á la poca gente que tenía, apeló á una notable estratagemá. Conocia por su ciencia astronómica que dentro de pocos dias debía verificarse un eclipse de luna: convocó, pues, á los caciques principales para el mismo dia del fenómeno, y cuando estuvieron reunidos les dijo: que él y los suyos adoraban al Dios verdadero, y éste le había revelado que por la negligencia de los indios en proveer de víveres á los españoles, iba á castigarlos con hambre y pestilencia. Mas por si acaso despreciaban el aviso, quería darles una señal evidente de su cólera. Seria ésta, que aquella noche verian cómo la luna perdía su luz y les dejaba en tinieblas. Hubo entre los indios quienes creyeran la prediccion y quienes se burlaran de ella, pero todos esperaron con inquietud la llegada de la noche. Venida ésta, observaron cómo la luna se iba oscureciendo gradualmente y tomando un color de sangre: no dudaron ya de la calamidad que les amenazaba, y llenos de terror acudieron en tropel al almirante, cargados de bastimento, rogándole que desenojase á su Dios, que ellos prometían abastecerle en lo sucesivo de cuanto necesitase. Díjoles Colon que rogaria á su Dios que les librara, y para dar lugar á que

COLO

se concluyese el eclipse, se entró en su camarote fingiendo que hablaba con la Divinidad. En el entretanto resonaban montes y valles con los alaridos de los salvajes, y cuando el almirante conoció que el fenómeno se acercaba á su fin, salió á ellos con semblante alegre, diciéndoles, que su Dios se había apiadado y en prueba de ello verian cómo el planeta recobraba su luz; pero con la precisa condicion de que no volverían á negar los víveres á los españoles. Cuando los indios vieron que la luna seguia su majestoso curso por los cielos sin mengua alguna en su brillo, se entregaron á los mayores trasportes de alegría. Bastó este inmenso ardor del almirante para que los españoles no voltiesen á sufrir escasez, y al mismo tiempo les aseguró de cualquier ataque de los indios, porque desde entónces le tuvieron por un hombre privilegiado á quien la Divinidad protegia visiblemente.

Ocho meses habian ya pasado desde la partida de Méndez y no se tenta de él noticia alguna. Otra nueva conspiracion semejante á la de Porras estaba á punto de estallar, cuando una tarde al oscurecer se vió venir hácia el puerto una pequeña carabela. Luego que estuvo á cierta distancia echó al agua su batel. En él venia Diego de Escobar, enviado de mal agüero, pues fué uno de los partidarios de Roldán á quienes el almirante condenó á muerte. Traia una carta de Ovando, llena de cumplimientos, disculpándose de no en-

COLO

viar los buques necesarios para recoger á los españoles, por no haberlos en el puerto. Á la carta acompañaba un barril de vino y un trozo de jamon como regalos para el almirante. Recojó Escobar en el acto la respuesta de la carta de Ovando, y sin permitir comunicacion alguna entre su gente y los naufragos, se volvió á su carabela, que dando al viento sus velas desapareció al punto en las tinieblas de la noche.

Por extraña y misteriosa que fuese la conducta de Escobar, el almirante obtuvo á lo ménos la certeza de que ya en Santo Domingo tenian noticia de su triste situacion. Aprovechó esta circunstancia para entrar en pláticas con los rebeldes; pero se mostraron éstos tan insolentes, que sobre exigir condiciones inadmisibles, tuvieron el atrevimiento, al ver que eran desechadas, de intentar un ataque á mano armada para apoderarse de la persona de Colon y de las mercaderías de rescate que aun quedaban. Salióles al frente el adelantado D. Bartolomé con tan feliz éxito, que después de una corta refrega, trajo preso al cabeçilla Porras. Perdido el ánimo con la pérdida del jefe, imploraron los conjurados la clemencia de Colon, quien con su acostumbrada magnanimidad les perdonó todas sus ofensas.

Vimos ántes que Diego Méndez arribó felizmente á la Española. Á su llegada supo que Ovando se hallaba en Jragua, y aunque la distancia era de cincuenta leguas, el

COLO

bravo Mendez las caminó solo y á pié hasta ponerse en presencia del gobernador. Pidió que enviase sin dilacion por el almirante: Ovando ofreció hacerlo al punto, pero se pasaron siete meses sin que lo verificase, ni quisiese dar licencia á Mendez para ir á Santo Domingo á disponer por su cuenta el socorro. Dicese que su intencion era dejar perecer al almirante en su destierro, sospecha que todo el tenor de su conducta confirma. Pasados los 7 meses no pudo detener más á Mendez y le dejó ir á Santo Domingo: luego que hubo partido, despachó Ovando al rebelde Escobar, á quien Colou tuvo por un espia del gobernador, enviado solo para cerciorarse de si ya habia perecido con su gente. Como la vuelta de Escobar quitó á Ovando esta esperanza, conoció que para evitar el peso de la indignacion pública, no habia ya tiempo que perder en el socorro del almirante. Mendez por su parte tenia ya listo un buque; el gobernador por la suya se dió prisa á aprestar otro y ambos partieron para la Jamaica, adonde llegaron poco después de la batalla con Porras.

El 28 de Junio de 1504, después de un año de horroroso encierro, se embarcaron los españoles, amigos y enemigos, en las dos naves, y llenos de gozo dieron á la vela para Santo Domingo. Los vientos contrarios y las corrientes no les dejaron llegar hasta el 13 de Agosto. La larga ausencia de Colon y sus recientes desgracias, habian

COLO

contribuido poderosamente á calmar las pasiones en la Española, inclinando á su favor la opinion pública. El gobernador y los vecinos principales salieron á recibirle: aquel le hospedó en su propia casa y le trató con la mayor cortesania. Pero sobraban motivos para suscitar diferencias entre ambos y pronto comenzaron á manifestarse en las disputas sobre jurisdiccion, pretendiendo cada uno el derecho de juzgar á Porras y sus compañeros. Al cabo se determinó mandarlos á España para que los juzgase el consejo de Indias.

Sobre los disgustos que ocasionaban á Colon tales diferencias, se añadía el de ver cuán mal parados andaban sus propios negocios. Sus rentas estaban por cobrar, ó aquellos que las habian percibido no daban cuenta de ellas. Ovando por otra parte ponía tropiezos á los encargados de su cobro y administracion, de todo lo cual le resultaba grande escasez de dinero. A pesar de ello deseaba tanto salir de la Española, que hizo reparar el buque en que vino de Jamaica y fletó á otro, ofreciendo pasaje libre de gastos á todos los compañeros de su último viaje que quisiesen volver á España. Pocos aceptaron, y los más prefirieron permanecer en Santo Domingo: unos y otros se hallaban muy pobres y á todos socorrió Colon con abundancia. Cuanto pudo recojer de sus rentas lo gastó de esta manera; y entre los mismos que sintieron así los efectos de su generosidad estaban muchos

COLO

que se habian señalado por su ódio contra el almirante en la última rebelion.

El 12 de Setiembre dió á la vela; pero apénas hubo salido del puerto se quebró el mástil de su navio. Mandóle volver á Santo Domingo, y él se embarcó en el otro que mandaba su hermano el adelantado. Mas la fortuna no se cansaba de perseguirle. Durante toda la travesia tuvo tiempo borrascoso; su nave sufrió frecuentes averias, y él mismo se vió reducido á mantenerse en cama sufriendo los horribles dolores de la gota. Por fin el 7 de Noviembre, su triste y estropeada nave anclaba en el puerto de San Lúcas: nadie salió á recibirle, ni su llegada causó la menor impresion. Acompañado de su hijo y de su hermano, pasó luego á Sevilla en busca de algun reposo, después de tan larga serie de trabajos.

Pero en vez del descanso que buscaba y que tanto merecia, no encontró en Sevilla sino nuevas aflicciones de distinta especie. Desde su prision por el comendador Bobadilla se trastornaron todos sus negocios, sin que jamás pudiera volver á ordenarlos, ni recojer lo mucho que se le debía. Lo poco que habia colectado fué consumido en los gastos del último viaje, y en socorros á sus compañeros para que pudiesen regresar á España: el gobierno le era deudor de crecidas sumas, y todo venia á parar en que siendo dueño de incalculables riquezas, no tenia á veces con qué pagar el gasto de una posada, como él mismo lo di-

COLO

ce en las cartas que por aquel tiempo escribió á su hijo D. Diego.

Como sus enfermedades se habian agravado y le impedian pasar á la Corte, solo se comunicaba con los reyes por medio de cartas ó valiéndose de sus amigos. Todo su empeño era llamar la atencion de los soberanos sobre el peligro que corría la Española con el mal gobierno de Ovando, y obtener la restitucion de sus honores, el pago de sus rentas y algun socorro para sus desgraciados marineros. Ninguna contestacion tuvo á sus cartas, que acaso ni serian leidas, y los esfuerzos de sus amigos apénas alcanzaban á desbaratar las intrigas de sus contrarios. Todo era indiferencia y abandono para él. Y esto al mismo tiempo que espresaba su lealtad con estas sencillas y elocuentes palabras: "Yo he servido á sus altezas con tanta diligencia y amor, como y más que por ganar el paraíso; y si en algo ha habido falta habrá sido por el imposible, ó por no alcanzar ni saber y fuerzas más adelante."

Conociendo el poco provecho que le traian sus cartas, ansiaba por tener una entrevista con los soberanos, é intentó varias veces el viaje á la Corte; pero el mal estado de su salud y el rigor de la estacion, se lo estorbaban siempre. En el entretanto sus enemigos triunfaban: D. Fernando no hacia caso de sus pretensiones y todas sus esperanzas se fundaban en la justicia y magnanimidad de D.^a Isabel. Pero esta sobe-

COLO

rana, ya era peligrosamente enferma, y el 26 de Noviembre de 1504 perdió al fin la España la mujer más grande de cuantas han ocupado un trono. Pérdida irreparable para Colon, pues que se encontraba á merced de la justicia y de la generosidad de D. Fernando!

Hasta el mes de Mayo de 1505 no le dieron alguna tregua sus enfermedades. Aprovechóse de ella para pasar á la Corte, que se encontraba á la sazón en Segovia. Allí hubo de conocer toda la falta que le hacía su amable protectora D^a Isabel. Cierzo es con las mayores muestras de aprecio; pero de aquel aprecio farzado que no viene del corazón ni despierta ninguna simpatía. Así fué, que á pesar de estas civilidades estereotipadas, no logró Colon, en muchos meses de continuas y humillantes importunaciones, que sus negocios adelantasen un solo paso. Su principal solicitud era que se le restituyesen sus empleos de virrey y almirante de las Indias. En cuanto á las cuestiones pecuniarias; poníalas noblemente en manos del rey para que las resolviese á su gusto; pero la restitución de sus dignidades era punto de honor en que no podía ceder. Como esto era precisamente lo que el monarca estaba ménos dispuesto á otorgar, no había medio de venir á un arreglo. Llegóse una vez á someter el negocio al examen de la "Junta de Descargos;" mas como los deseos del rey eran bien conocidos, nadie se atre-

COLO

via á contrariarlos. D. Fernando conocía bien que con un poco más de espera y de indiferencia, la muerte vendría pronto á librarle de aquel importuno acreedor.

Tan continuos y dolorosos desengaños agravaron las enfermedades de Colon. La gota le redujo á guardar cama. Desde el lecho del dolor dirigió su última petición al rey, no ya en favor de sí propio, sino de su hijo D. Diego. Pedia que se diese á éste el gobierno de que él había sido tan injustamente despojado. D. Fernando oyó esta solicitud con el acostumbrado desprecio. Todo su empeño era que Colon cambiase las grandes dignidades que obtenía en el Nuevo Mundo, por títulos y rentas de Castilla. Nunca quiso consentirlo el descubridor, porque en ello iba su gloria; y Colon jamás sacrificó la gloria de su nombre á mezquinos intereses. Conoció, sin embargo, que de D. Fernando no había que aguardar justicia, y cesó de importunarle.

Devoraba en silencio su pesadumbre, cuando un rayo de esperanza vino á iluminarle por un momento y á encender el nativo fuego de su indomable espíritu. Los príncipes D. Felipe y D^a Juana venían á tomar posesión de su reino de Castilla, y la Corte salió á recibirlos á Laredo. El almirante despachó á su hermano D. Bartolomé para cumplimentar á los príncipes; y les dirigió una carta manifestándoles que sus enfermedades no le dejaban ir á felicitarles en persona; pe-

COLO

ro que así como esperaba de ellos la restitución de sus honores y dignidades, también se atrevía á asegurarles, que apesar de hallarse por entonces cruelmente atormentado de sus males, aun podría prestarles servicios que nadie igualaría. Este fué el último arranque de aquella imaginación entusiasmada, que en el lecho de muerte le hacía expresarse como si aun pudiese contar con muchos años de juventud y vigor. El adelantado fué muy bien recibido por los príncipes, que le dieron grandes esperanzas.

En el entretanto tocaba á su término la carrera mortal del almirante. Luego que partió el adelantado se agravó su enfermedad, y viendo cercano su fin, trató de poner orden en sus negocios. Ya en el instrumento de fundación del mayorazgo, tenía arreglado lo concerniente á la sucesión de su casa; confirmó ahora instituyendo heredero universal á su hijo D. Diego, con legados á favor de sus hermanos D. Bartolomé y D. Diego, y de su hijo natural D. Fernando. Dispuso que una parte de sus rentas se fuera depositando en el banco de San Jórje de Génova, hasta reunir una suma suficiente para emprender la cruzada á la Tierra Santa, con encargo á sus herederos de ayudar personalmente al recobro del Santo Sepulcro, objeto de su ambición hasta los últimos momentos. Proveyó también á la subsistencia de D^a Beatriz Enriquez, madre de D. Fernando; señaló sumas para levantar igle-

COLO

sias, para socorro de sus parientes pobres y para el pago de las deudas más insignificantes.

Cumplidos de este modo los deberes de humanidad y justicia en la tierra; volvió todos sus pensamientos hácia el cielo. Recibió los sacramentos como verdadero católico, y rodeado de su hijo D. Diego y de unos pocos amigos, espiró tranquilamente el 20 de Mayo de 1506. Sus últimas palabras fueron "In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum." En tus manos, Señor, entrego mi alma. Su cuerpo fué depositado en el convento de San Francisco de Valladolid; en 1513 fueron trasladados sus restos á la Cartuja de las Cuevas de Sevilla; en 1533 los pasaron á la Española y quedaron depositados al lado del altar mayor de la catedral de Santo Domingo. Pero cuando en 1795 la isla fué cedida á la Francia, no quisieron los españoles que las cenizas del descubridor reposasen en tierra extranjera, y las llevaron con gran pompa á la Habana, en cuya catedral se hallan al lado derecho del altar mayor.

Ninguna descripción de la persona del almirante pudiéramos dar, mejor que la hecha por su propio hijo D. Fernando. "Fué el almirante," dice, "hombre de bien formada y más que mediana estatura; la cara larga, las mejillas un poco altas, sin declinar á gordo ó macilento; la nariz aguileña, los ojos blancos, blanco de color encendido; en su mocedad tuvo el cabello blanco, pero de 30 años ya le tenía blan-

COLO

co; en el comer y beber y en el adorno de su persona era muy modesto y continente: afable en la conversacion con los estranos, y con los de casa muy agradable, con modestia y gravedad. Fué tan observante en las cosas de la religion, que en los ayunos y en rezar el oficio divino, pudiera ser tenido por profeso en religion; tan enemigo de juramentos y blasfemias, que yo juro que jamás le ví echar otro juramento que por San Fernando, y cuando se hallaba más irritado con alguno, era su re-prension decirle: os doy á Dios porque hicisteis esto ó dijisteis aquello. Si alguna vez tenía que escribir, no probaba la pluma sin escribir estas palabras: *Jesus quem Maria sit nobis in via*; y con tan buena letra, que bastara para ganar de comer. Por desgracia jamás se pintó un retrato de él durante su vida, de manera que cuantas figuras corren con el nombre del almirante, no merecen confianza alguna.

Si sentimos viva curiosidad en conocer la fisonomia superior de un grande hombre, mayor interés debe inspirarnos el exámen atento de su carácter. Allí admiramos las cualidades que le distinguen del comun de los hombres, elevándole sobre ellos, y nos es revelado el secreto de la influencia que ejercieron en los destinos de la humanidad. Ninguno más digno de este exámen que Cristóbal Colon. Á una fantasia viva y ardiente que le arrebatava á las más altas especulaciones, reunia un jui-

COLO

cio recto y sóbrio con que sabia templar los vuelos de su imaginacion. Así es que juntaba en un grado admirable el ingenio que crea grandes proyectos, y la constancia que sabe ejecutarlos. Todas sus acciones iban marcadas con el sello de la elevacion y espiritualidad que formaban el fondo de su carácter. Su ambicion era noble y magnífica: deseaba adquirir riquezas para derramarlas en empresas inmortales; pero las perderia todas ántes que ceder el menor de sus honores y privilegios. Las costas de Veragua le ofrecian oro á manos llenas, mas él pasa adelante porque no estaba allí el soñado estrecho que él buscaba; ¿qué valia el oro, si aquel descubrimiento iba á coronar la gloria de su nombre? Y después de esto, ¿habrá todavía quien se atreva á acusarle de avaro?

Su conducta en el gobierno de los países que descubrió, le coloca muy alto sobre los conquistadores comunes. En vez de asolar las nuevas tierras para saciar por un momento su codicia, como por desgracia lo practicaron cuantos le siguieron, miraba sus dominios con un afecto casi paternal. Renunciaba á un provecho transitorio, por dejar asentadas sobre sólidas bases las fuentes de la riqueza pública; y si sus intenciones benéficas nunca pudieron realizarse, culpa fué de las contradicciones y tropiezos que le oponia la desenfrenada chusma que por desgracia tenía que gobernar.

Era por naturaleza arreba-

COLO

tado é irritable: le heria vivamente cualquiera ofensa ó injusticia, pero su corazon generoso y benévolo sabia dominar de tal modo la irritabilidad de su jénio, que jamás se abandonaba á un acceso de cólera. Siempre dueño de sí mismo, siempre lleno de prudencia, la prenda más escasa en un hombre de accion y sin la cual las otras nada valen, consentia en ceder y aun suplicar, cuando hombres indignos y despreciables se esmeraban en irritarle y en agotar su paciencia. Jamás conoció la venganza, y no parece sino que media sus beneficios por la magnitud de las ofensas de aquel á quien las prodigaba.

Pero la cualidad más notable del carácter de Colon era el sentimiento religioso, que vivificaba con su purísimo fuego todas las demás prendas de su alma. Profundamente arraigada en su espíritu la conviccion de ser él mismo un instrumento de la Providencia para llevar á cabo sus más altos designios, todo lo referia á Dios, y fortalecido con su omnipotente auxilio, no habia empresa que considerara fuera de sus alcances. Hijo de esta conviccion fué su empeño de recobrar el Santo Sepulcro; proyecto que le ha valido el titulo de visionario. Colon lo era en efecto; ¡pero cómo no serlo, si su primer ensueño burlado y contradecido por el mundo todo, habia hallado tan espléndida realizacion más allá de los inmensos mares! La idea de la cruzada no era tampoco un ensueño; era un re-

COLO

sultado de la inspiracion celestial que visitaba su mente: ella venia de Dios y á Dios debia volver. Su resultado material y visible habia sido el descubrimiento de un mundo; para volver á su Criador necesitaba tomar tambien una expresion visible, y ningun medio más apto podia hallarse que el hacer triunfar su nombre en los lugares que vieron el cumplimiento de los más altos misterios de la cristiana religion.

El esceso mismo del sentimiento religioso hizo que Colon se acercase más de una vez al fanatismo. El infiel carecía á sus ojos de derechos naturales, y pertenecia al primer cristiano que le alumbrase con la luz de la verdad. Defender su nativa libertad era en él delito y contumacia. Hé aquí, por qué Colon pervertiendo de un modo extraño las ideas religiosas, proponia declarar esclavos á los indios presos en las guerras. Mas es preciso separar en su carácter, la influencia necesaria de las ideas dominantes en su siglo, y los sentimientos individuales que le elevan sobre todos sus contemporáneos. Por grande que sea un hombre no puede libertarse del contajo de las opiniones que flotan, por decirlo así, en la atmósfera que le rodea. La esclavitud era admitida entónces generalmente, y Colon no hacia otra cosa que conformarse con este asentimiento universal. Más su gobierno estuvo muy léjos de ser opresor para los indios, y su mejor defensa es compararlo con el de sus su-

COLO

cesores. Pesa también sobre el almirante la acusación de haber sido autor del funesto sistema de los repartimientos. Vimos ya que el primer reconocimiento del derecho al trabajo de las personas, base de aquel sistema, le fué arrancado por la fuerza. Bastaría esto para su excusa; pero la justicia nos obliga á añadir, que la organización de las primeras sociedades europeas en el Nuevo Mundo, demandaba tan imperiosamente la adopción de un sistema semejante; que nadie podía oponerse al curso necesario de las cosas, según vino á acreditarlo una larga y dolorosa experiencia. En toda comunidad arreglada, ha de haber una parte de la población que se ocupe en la labranza y demás oficios mecánicos. El español no esponía su vida ni abandonaba su país, para ir á buscar un escaso sustento con el trabajo material de sus manos: el indio, como vencido, debía ser, pues, quien trabajase para sustentar al vencedor. Colon no podía oponerse á lo que exigía la constitución misma de aquella sociedad, ni es responsable de los innumerables abusos que se cometieron. Grandes esfuerzos hizo, por el contrario, para contener los desmanes de los suyos contra los infelices indígenas; y á su severidad en impedir y castigar tales maldades, es de atribuirse la mayor parte de las desgracias que le sobrevinieron.

La poética imaginación del almirante se descubre en los pocos escritos que de él nos quedan. Manejaba con difi-

COLO

cultad la lengua castellana; pero encantan sus admirables descripciones y el fuego y energía de sus palabras. Su estilo es siempre grave y elevado, tomando con frecuencia un tono bíblico. Sus arrebatos poéticos, le ponían á veces en ridículo á los ojos de observadores fríos y vulgares: tales fueron sus conjeturas sobre la forma de la tierra y el sitio del paraíso terrenal en las costas de Paria, y la voz celestial que creyó oír en medio de los peligros de la Española, y en las funestas costas de Veracruz.

Tal fué Cristóbal Colon: conjunto admirable de las más grandes cualidades: "digno," según la expresión feliz de un célebre escritor, "de ir á personificar el mundo antiguo en ese otro mundo desconocido que él iba á pisar ántes que nadie, y de llevar á esos hombres de otra raza, las virtudes del viejo continente, sin uno solo de sus vicios."

Nacida la civilización antigua en las más remotas regiones del Oriente, su destino era recorrer el ámbito del mundo, sin detenerse jamás en su marcha, porque nada detiene los designios de Dios. El trascurso lento pero incansante de los siglos, la había traído á las orillas de Europa: las cruzadas apresuraron su vuelo, y al espirar el siglo XV tocaba ya los confines del Océano. Detúvose allí como asombrada al contemplar el obstáculo que se le oponía. Cumplida su misión en España con la ruina de la media luna, encontrábase ya estre-

COLO

cha en las regiones que dominaba. Caminó hasta allí por la tierra, acreciendo á sus conquistas palmo á palmo; pero solo con un grandioso esfuerzo podía salvar el abismo que ahora le atajaba el paso. Dios, que no desdeña el servir-se de medios humanos, escogió á un hombre para mensajero de la civilización y de la verdadera fé: este hombre fué Colon. El surco que dejaba su nave en las olas del Océano, era la huella de la civilización que llevaba consigo: depósito sagrado que condujo fielmente á las playas del Nuevo Mundo. ¡Cuán grande, cuán sublime aparece así la misión del inmortal descubridor!

Los grandes hombres no son más que ciegos instrumentos de que la Providencia se vale para llevar á cabo sus designios: adoremos, sin embargo, la inspiración divina, donde quiera que alcancemos á descubrirla, y no neguemos el tributo de nuestra admiración y respeto á los hombres privilegiados que fueron dignos de la elección de DIOS.—JOAQUIN GARCÍA ICAZBALCETA.

Colonia: s. f. número más ó ménos considerable de personas, que se trasladan á un país con objeto de poblarlo, perpetuándose en el lugar de su establecimiento.—El país que por habitarlo exclusiva ó principalmente los colonos enviados por alguna nación distante, ó por haberlo ella conquistado, se gobierna por las leyes ó autoridades que la misma le impone.—met. dicese de las

COLO

aves, los peces, cuadrúpedos, insectos, mariscos, etc., que emigran de un sitio á otro, permaneciendo después constantemente en el segundo.—**COLONIAS AGRÍCOLAS:** número mayor ó menor de gentes á quienes se da una cantidad de tierra para que la desmonten ó cultiven.—**COLONIAS MILITARES:** establecimientos formados por hombres que á la vez son soldados y cultivadores y tienen consigo á sus mujeres.—**COLONIAS PENALES:** lugares de confinamiento ó deportación para los criminales destinados á colonizar.

—Art. y Of. **AGUA DE COLONIA:** líquido aromático que hace generalmente los perfumistas con los aceites de bergamota, limón, toronja, romero, azahar, espliego y canela, disueltos en alcohol.

—Com. cinta de seda de dedos dedos de ancho poco más ó menos.—**MEDIA COLONIA:** cinta de la misma especie, pero algo más angosta.

—Geog. ciudad de Alemania, con 60,000 hab., capital de la prov. de Cléveris-Berg. Entre sus edificios los más notables son la casa consistorial, obra del siglo XVI, en la cual se leen inscripciones relativas al origen romano de Colonia, y la catedral, hermoso monumento gótico del siglo XIII que todavía no está acabado. Tiene mucha industria y la confección del agua de Colonia ocupa 15 fábricas. La posición de esta ciudad á orillas del Rhin, la hace depósito de un comercio muy considerable entre la Alemania y los puertos de los